



EL ERROR

José Manuel Aspas

EL ERROR



Primera edición: mayo 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Manuel Aspás

ISBN: 978-84-10253-62-9

ISBN digital: 978-84-10253-63-6

Depósito legal: M-12745-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a Rosario Hernández Sanz, Mari Carmen Hernández
y María Dolores Aspas, mis hermanas, con profundo cariño.*

También a todos los lectores que, como yo, adoramos el olor de los libros.

*Las emociones positivas son un regalo de nuestros ancestros los animales,
la crueldad es un regalo de nuestra propia humanidad.*

MADS MIKKELSEN

CAPÍTULO I

Fermín Gallego, uno ochenta de altura, recio, pelo oscuro, manipulador consumado, engreído, pedante y mezquino. Utiliza la palabra, la mirada y los gestos con la destreza de un magnífico truhan.

Su mayor virtud: la CAPÑvisión de la oportunidad. Su rasgo más acentuado: la falta de escrúpulos.

Fue un mal estudiante, sus padres insistían en que terminase alguna de las carreras que empezaba, pero sus resultados eran mediocres y su entusiasmo nulo. Cuando sus padres más lo presionaban para que continuase, estos sufrieron un accidente y fallecieron; como hijo único, lo heredó todo. Heredó dos casas en el centro de Valencia, un chalé en La Cañada y un apartamento en Jávea. También una fábrica en Campanar: Puertas y Ventanas de Aluminio Gallego, con nueve empleados. Además de una cuenta bancaria con ciento sesenta millones de pesetas. Y por si eso fuese poco, unos días después conoció a las dos personas que cambiarían su destino.

Tenía veinticuatro años. Fue el año de su vida.

Hacía quince días que había enterrado a sus padres; estaba, por supuesto, triste, pero era joven y su estado de ánimo no era óbice para que acudiese a una fiesta privada. Y allí conoció, esa misma noche, a las dos personas. Augusto Rodríguez, hijo de Marcelino Rodríguez, concejal de Urbanismo de Valencia, y a Ernesto Peralta, un joven recién licenciado en Economía y un cerebritito de las finanzas. Congeniaron desde el primer momento.

Augusto era el prototipo de niño de papá con grandes pretensiones, de labia fluida, buen empaque y mirada altiva, siempre hablando de con quién comió hace dos días y jugó al tenis la semana pasada; siempre, por supuesto, con gente de alto nivel. En fin, demostrando siempre lo bien relacionado que estaba. A la media hora de conversación, Fermín sabía que era un memo muy bien relacionado, más por la influencia del cargo que ocupaba su padre que por méritos propios. Pero a él le interesaba.

Ernesto era otra cosa. De familia modesta, se pagó la carrera con el trabajo que compaginaba con los estudios, y no podía ser de otra cosa que de contable. Eso sí, sin contrato y cobrando una birria de sueldo, pero era suficiente. Educado, introvertido, sesenta kilos y más bien feo. Le gustaba escuchar más que hablar, y eso, más su mirada, hicieron pensar a Fermín que no tendría un duro, pero era más inteligente que los dos juntos. Y no se equivocaba.

Al primero, le sería muy fácil manipularlo. Al segundo, le interesaba tenerlo a su lado sin intentar manejarlo; todo lo contrario, ofrecerle lo que merecían sus conocimientos. No se equivocó con ninguno de los dos.

A los dos días los llamó y los invitó a comer. Les expuso, con la sinceridad del pícaro, lo que había heredado y les pidió, con fingida inocencia, su asesoramiento.

Él intuía, con su extraordinaria visión de futuro, que iban a ocurrir dos cosas. Se encontraban en el otoño de mil novecientos noventa y siete. La primera: la entrada del euro en el dos mil y el encarecimiento, al desaparecer la peseta, de los precios de todo. Y la segunda: el *boom* de la vivienda que, en esas fechas, solo era un comentario en ciertos corrillos. Con esa intuición, y sin desvelársela a sus nuevos amigos, escuchó.

El primero en aconsejar, como era de esperar, fue Augusto. Presumió de las personas influyentes que pasaban por su casa, sobre todo en veladas organizadas por su padre y lo mucho que se hablaba en ellas. Por ese camino iba bien, pensó Fermín, al menos no alardeaba de que fueran contactos suyos. Le aconsejó comprar

viviendas, pues en las altas esferas se especulaba que, en un periodo relativamente corto, estas subirían de precio. «Buen consejo», pensó Fermín.

Ernesto fue más técnico y concreto. Coincidió con su amigo, pero le aconsejó crear una sociedad a cuyo nombre se inscribiesen esas propiedades. A ser posible en un país con fiscalidad más favorable y con un hombre de paja que figurara como administrador de la misma. Existía, además, la posibilidad de incluir en esa sociedad las propiedades que había heredado. También especificó que, con toda probabilidad, la entrada del euro encarecería la vida. Algo en lo que coincidía Fermín.

Con el champán, Gallego intentó crear un clima de camaradería, una relación más profunda y de confianza. Si lo ayudaban, les prometía parte de los beneficios de empresas futuras y, como prueba de ello y de su sincera amistad, les ofreció quince mil pesetas. Augusto estaba pletórico, por primera vez podría emprender algún negocio y ganar dinero sin el paraguas de su padre. Y sin preámbulos, le preguntó qué necesitaba. Era obvio: los planes urbanísticos previstos por el Ayuntamiento para los próximos quince años. Hecho, contestó rápidamente Augusto, su padre se los proporcionaría sin problemas.

Ernesto no preguntó, sabía lo que se precisaba de él. «Yo me ocupo de crear esa sociedad y de los temas burocráticos y fiscales», afirmó. Y Fermín, con una palmada en la espalda, corroboró sus palabras.

No le pasó desapercibido que el brillo en los ojos de Augusto, parte por los licores consumidos y parte por la codicia, no se reflejaba en los de Ernesto. En ellos se observaba únicamente una reflexión profunda.

El acuerdo coló en Augusto como si fuese un niño al que hubiesen ofrecido una chocolatina. En Ernesto fue otra cosa, algo que ya había previsto Fermín.

El primero se fue en su coche, a Ernesto le ofreció Fermín acercarlo a casa en el suyo. Nada más arrancar, su nuevo amigo fue

claro como el agua. Él no quería beneficios, ni un sobre, él quería trabajar directa y exclusivamente para él. Lo miró con una sonrisa, no hubiese esperado menos. Al día siguiente trabajaba con nómina en la fábrica de puertas y ventanas de aluminio, con el cargo de contable, sueldo y sobre mensual.

Con la información suministrada por Augusto sobre planes urbanísticos previstos, se compraron, con el dinero de la herencia, diez viviendas en zonas del extrarradio que, según los planes, pronto dejarían de estar ubicadas en el extrarradio, y cuatro solares de matojos pegados a la carretera de Ademuz, a la salida de Valencia.

Desde la oficina de la fábrica, Ernesto creó una sociedad con el nombre de Societér Consultin Alfa, con sede en Andorra y a cuyo nombre se registraron todos los inmuebles que poseía ahora Fermín.

El siguiente paso que el contable no comprendió en su justa medida fue crear otra sociedad con el nombre de Mascroll, y adquirir tres clínicas dentales que estaban en decadencia, una en Villarreal, otra en Alicante y la tercera en Murcia. Creó la franquicia Dentis Más y puso como gerente de la misma a su amigo Augusto Rodríguez, con un generoso sueldo y un flamante coche de empresa. La franquicia era una empresa independiente de la Sociedad Mascroll, aunque esta sociedad financió la salida de Dentis Más al mercado.

El dinero en metálico se agotaba. La fábrica producía beneficios, pero no al ritmo de las necesidades de solvencia económica de su propietario, aunque eso no parecía inquietarlo. Continuó manteniendo al encargado que su padre tenía y aumentó el sueldo a todos los empleados en una proporción generosa; todos estaban contentos.

En el dos mil la cosa empezó a florecer, el aumento de la construcción fue significativo, algunos bancos dejaron de consultar con su departamento de riesgos a fin de autorizar préstamos y la cosa se convirtió en un carnaval. Ya no necesitabas sueldo fijo con diez años de antigüedad y que este sobrepasase en un cincuenta por

ciento la cuota del préstamo, más, por supuesto, dos avales que ponían encima de la mesa sus propias casas como garantía. No era necesario, con una nómina y una sonrisa, te prestaban el cien por cien del valor de la vivienda y, si lo deseabas, un piquito para los muebles.

La construcción tiraba de la economía con la fuerza de un titán. En ese momento, Fermín vendió el negocio a un empresario del sector que era incapaz de servir puertas y ventanales de aluminio al ritmo que solicitaban los constructores con sus propios medios. Fue un negocio redondo. El empresario compró toda la maquinaria de Aluminios Gallego y la trasladó a una nave pegada a su propia empresa, ampliándola de ese modo, y subrogó a todos los empleados, personal muy cualificado que aumentó la producción exponencialmente. Bueno, no a todos. A su contable le alquiló un pequeño despacho desde el cual continuaba gestionando sus finanzas.

El local y su terreno continuaron en la sociedad inicial.

La franquicia Dentis Más aumentó también su ritmo de trabajo y empezó a publicitarse la financiación de todo el tratamiento con un descuento del diez por ciento. Buenos profesionales, buen equipo y precios no excesivamente abusivos generaron un aluvión de clientes, sobre todo, cuando el banco no ponía problemas para la financiación de una dentadura adecuada. Augusto Rodríguez era el gerente que triunfaba. Por fin trataba a su padre de tú a tú. En el dos mil cuatro abrió otras dos sucursales en Valencia y Cartagena. En el dos mil cinco, tenían una lista de espera para iniciar tratamiento de cuatro meses.

Las personas veían con naturalidad que la vivienda saliese a mercado por trescientos mil euros. Se vendía todo lo que se construía. Era el *boom* inmobiliario. Y en ese momento, Fermín Gallego, o, mejor dicho, la sociedad Societér Consultin Alfa, puso en venta todas sus propiedades. El beneficio fue descomunal en relación con el coste de las inversiones.

La franquicia Dentis Más funcionaba a un ritmo espectacular, y la gestión de su gerente, Augusto Rodríguez, impecable. El año

anterior fue nombrado empresario del año y era común verlo en la portada de revistas, así como en todos los eventos de la alta sociedad valenciana, pavoneándose frecuentemente de su gestión y jactándose de su éxito profesional. En ningún momento hizo referencia a su dependencia de la Sociedad Mascroll y vendía, sin afirmarlo explícitamente, que era dueño y señor de Dentis Más, y nadie ponía en duda que así era. Sobre todo, por su alto ritmo de vida.

Nada lo unía a Fermín Gallego, a excepción de unos contratos que Augusto mantenía en su archivador. Y Fermín se guardaba mucho en contradecir la apariencia de su buen amigo y empleado.

En ese año, el noventa por ciento de los tratamientos de la franquicia se gestionaban por crédito. Ernesto creó un entramado fiscal que básicamente significaba que, si una persona solicitaba un crédito de quince mil euros para su tratamiento integral, el total del préstamo se ingresaba en una de las cuentas de Dentis Más e inmediatamente, de esa cantidad, el ochenta por ciento se transfería automáticamente a una cuenta de la Sociedad Mascroll.

Luego, la Sociedad era la responsable, en sus fechas, de ingresar en una cuenta de Dentis Más las cantidades para hacer frente a sueldos de empleados, vencimientos de proveedores y otros pagos que no se cubrían con el fondo propio de las clínicas.

Las clínicas se encontraban en su punto más álgido de trabajo cuando su gerente, Augusto Rodríguez, tras un estudio minucioso de los nuevos tratamientos, propuso a Fermín la adquisición de equipos de trabajo para la renovación de los existentes. En su propuesta, con estos equipos y material de tecnología punta, se podría hacer frente a la gran demanda de tratamientos, y se acompañaba de un estudio económico por el cual se certificaba la amortización de los equipos en el plazo de dos años.

El coste de esos nuevos equipos que sustituirían a los existentes en las consultas era de quince millones de euros. Fermín le autorizó la adquisición de esos equipos y lo felicitó por su gestión y compromiso. Augusto no cabía dentro del traje hecho a medida

que vestía. El director del banco, con el que solían trabajar y amigo íntimo de su padre, no le puso ninguna traba; en cinco días la cantidad solicitada se ingresaba en la cuenta de Dentis Más y, automáticamente, la totalidad del préstamo pasó a la cuenta de la Sociedad.

Era un gran día para Augusto. Se encontraba en el despacho del gerente de la empresa que suministraría y montaría los nuevos equipos, gestionando el contrato de adquisición, según el cual Dentis Más ingresaría un tercio de la factura de compra, o sea cinco millones, en el momento de la firma, prevista para dentro de una semana, y el resto en los dos trimestres siguientes. Y la empresa suministradora se comprometía a comprarles los equipos con los que contaban las clínicas por un coste de un millón.

Augusto preveía con los nuevos equipos ser líder en el sector y pensaba, a corto plazo, plantearle a su amigo Fermín la expansión del negocio por otras comunidades. Se sentó en su despacho e inmediatamente visualizó cómo sería esa nueva conquista del mercado. Estaba completamente satisfecho del rumbo que estaba tomando su vida.

—Señor Rodríguez, tiene una llamada del señor Méndez —le informó su secretaria por el interfono.

—Gracias —y pulsó la línea uno—. Buenos días, amigo Méndez.

—Buenos días, Augusto. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¡Dime cosas!

—Te llamo porque ha debido haber un problema y nos ha sido devuelto el cheque de vencimiento de hace cinco días. El periodo semestral del año en curso.

Un momento de silencio. Era la empresa que les suministraba material y prótesis.

—No sé qué problema ha podido suceder. Remítelo otra vez para su cobro, por favor.

—Eso hemos hecho. Pero nos ha sido devuelto por segunda vez.

—No te preocupes, te llamo en quince minutos, ¿vale?

—De acuerdo.

—Una cosa, ¿de qué importe se trata?

—Doscientos treinta mil euros.

—Vale, ahora te llamo.

Era la primera vez que esto ocurría y la situación, además de embarazosa, le dejó un cosquilleo en el estómago. Marcó directamente el número del teléfono móvil de su amigo Fermín. «Apagado o fuera de cobertura», le contestó la voz por el auricular. Después llamó a Ernesto: idéntica respuesta. Por último, marcó la línea fija del despacho. Nadie contestó. Era extraño, muy extraño que nadie respondiese.

—Cariño —le dijo a su secretaria por el interfono—. ¿Puedes venir un momento?

—Usted dirá —le preguntó al entrar.

—¿Puedes pedirme un extracto de las dos cuentas al banco, por favor?

—Claro.

Se dijo a sí mismo que no pasaba nada, en un intento por tranquilizarse. Todo tendría su respuesta adecuada. Se puso una copa de *brandy*; algo raro, pues no bebía a esas horas, y se encendió un cigarrillo. A los diez minutos, tras un toque en la puerta, la secretaria entró con una hoja y se la entregó.

Entre las dos cuentas, había un total de quince mil euros. Era imposible. Apagó su segundo cigarrillo y salió del despacho. No utilizó su coche, aparcado en un garaje próximo, paró un taxi directamente. En el despacho donde se suponía tenía que encontrarse Ernesto, nadie contestó. El cosquilleo pasó a convertirse en una inquietud preocupante. Sin dudarlo, paró otro taxi y se dirigió a la lujosa vivienda donde residía Fermín. Tampoco en ella nadie respondió cuando llamó desde el telefonillo de la calle. En ese momento una persona salía y él aprovechó para entrar y subir al tercer piso. Tocó repetidamente el timbre y, fruto de la desesperación, golpeó la puerta con la mano.

No podía ser cierto lo que presentía. Resignado, volvió a su despacho y, tras ordenarle a su secretaria que no estaba para nadie, se encerró en él. Insistía en las llamadas, pero ninguno de los dos le respondía. En el momento que se acordó de la fecha en la que se encontraba, su secretaria, tras otro pequeño toque en la puerta, entró.

—Perdone que lo moleste, pero el señor Cristóbal insiste en hablar con usted. Y también ha llamado repetidamente el señor Méndez.

Él la miró, el primero se trataba del director del banco con el que trabajaba.

—Vale. Llama a Cristóbal y pásame la llamada.

—Si vuelve a llamar el señor Méndez, ¿qué le digo?

—Que no estoy.

Y la secretaria desapareció.

—¡Dime, Cristóbal! —le habló intentando que en su voz no se notase la preocupación.

—¡Hola, Augusto! He recibido del gestor la orden de pago de nómina y paga extra, pero en la cuenta habitual para estos pagos, y en la que normalmente se ingresa una cantidad para cubrir ese importe el día veinticinco de cada mes, ni se ha efectuado el ingreso ni hay liquidez para el desembolso.

—Eso es imposible. Hace dos días teníamos dinero suficiente para cubrir ese importe en las dos cuentas —le espetó, dando a entender que no tenía conocimiento del extracto que su secretaria le había pasado a primera hora de la mañana—. ¿Qué ha sucedido?

—Ayer se recibió orden de transferencia de unas cantidades a otra cuenta.

—Yo no ordené esas transferencias.

—Se utilizó tu clave —le aseguró Cristóbal—. Aquí lo tengo. Orden de transferencia de cien mil euros, autorizada utilizando tu código secreto.

—¿Y por qué no me avisaste de esa operación, coño? —le gritó exasperado.

—Primero, tranquilízate. Fue a última hora de la mañana, yo no me encontraba en la oficina. Además, este tipo de operaciones no es la primera vez que tú las realizas utilizando tu número secreto.

—Nunca de una cantidad tan significativa —continuaba gritando.

—No me grites, por favor. Lo mejor será que te pases por la oficina y hablemos.

—Claro que me voy a pasar. A pedirte explicaciones.

—Perdona, pero si la transferencia se realizó siguiendo los cauces establecidos, yo no tengo la obligación de avisarte. Eres tú el responsable de asegurarte de que tu número secreto no lo consiga nadie. Pero tranquilízate y pásate por la oficina.

Las últimas palabras del director Augusto no las escuchó, había colgado bruscamente mientras exclamaba un exabrupto, para angustia de la secretaria que escuchaba tras la puerta y sentía cómo un terremoto se aproximaba.

No, no podía ser cierto. Llamó por teléfono a un conocido que tenía una empresa de servicios y trabajaba para aseguradoras. Le pidió si podía mandarle urgentemente un cerrajero. Había perdido las llaves del despacho. Por supuesto, le contestó sin pensárselo y Augusto le dio la dirección. Salió corriendo y cogió un taxi. A los diez minutos de espera en la puerta del despacho de Ernesto, llegó el cerrajero, se identificó y, en quince minutos, le abrió la puerta y le cambió la cerradura, entregándole unas llaves nuevas. Un primer vistazo al despacho y perdió cualquier esperanza de que hubiese otra respuesta a sus dudas. La desolación y el abatimiento lo abrazaron con la intensidad de un maremoto. En el despacho, solo la triste mesa, dos sillas y los archivadores vacíos. Ni rastro de ordenadores, ni de vida.

Los siguientes cuatro días fueron una pesadilla. La firma para los nuevos equipos se paralizó, los proveedores se le estaban echando encima conscientes de lo que estaba ocurriendo y la angustia de los empleados era patente para los clientes. Al quinto día, las puertas de todas las clínicas no se abrieron. Fuera, unos cuatrocientos

pacientes que habían pedido préstamos por valor de entre doce mil y veinticuatro mil euros para sus tratamientos se encontraban con media dentadura por poner y asimilando que estaban siendo víctimas de una estafa. Ese quinto día, la noticia saltó a la prensa y Augusto tomó una funesta decisión.

Sacó todo su dinero de la cuenta personal y, con dos maletas, viajó a Barcelona y cogió el primer avión que partía a Brasil.

El escándalo fue inmenso. Desesperados clientes en las puertas de las clínicas. Empleados y proveedores acompañándolos. Una estafa de dimensiones enormes. Y un nombre que destacaba, iluminado por neones, como un club de carretera, en todos los periódicos y noticiarios: Augusto Rodríguez.

Fue detenido a los dos meses en Río de Janeiro. Fue acusado como responsable de la mayor estafa en España en el siglo actual.

CAPÍTULO II

2014

Nueve años después, Fermín Gallego vivía plácidamente en una zona residencial de Wiesbaden, una ciudad de Alemania a quinientos cincuenta kilómetros de Berlín. Ahora se llamaba Ignacio Busola Costa; así constaba en su documento de identidad. La ciudad fue escogida meticulosamente. Wiesbaden tiene una población de unos trescientos mil habitantes, cuenta con una red económica importante y una renta per cápita alta. Industria, multinacionales y organismos oficiales se establecieron en esta ciudad generando una sociedad que gusta de tranquilidad y equilibrio. No es muy grande, pero tampoco pequeña, ideal para que una familia con dinero pase desapercibida.

Al principio pasó un año en Suiza, allí conoció a su actual esposa, hija de emigrantes italianos y enfermera. Diez años menor que él. Tímida por naturaleza, un metro sesenta de altura, morena, no muy atractiva, pero con unos ojos que transmitían dulzura y seriedad. Fermín había estado con muchas mujeres de bandera, la mayoría de las veces se decía, pagando; en realidad, siempre. Se llamaba Asunción y desde el primer momento decidió que, para sentar la cabeza, algo que deseaba, era la mujer que le convenía. La cautivó de inmediato, aparentó ser un frenético empresario que deseaba un parón en su delirante vida, formar una familia, sentir un hogar y disfrutar con ellos de una vida serena. A los nueve meses,

le pidió matrimonio y se trasladaron a Wiesbaden. Vivían en una zona residencial, ella mantenía una pequeña relación con la comunidad, mientras él prefería mantenerse un poco al margen, con esporádicos viajes a Berlín para mantener contactos comerciales. Tenían dos niñas gemelas de cinco años, por las que, para sorpresa de Fermín, ahora Ignacio, sentía un amor que nunca creyó sentiría nadie.

Ernesto Peralta vivía en la misma localidad, en un pequeño chalé, con un estudio al que ambos llamaban «la oficina». Desde ese estudio, Ernesto continuaba trabajando como ingeniero financiero para Fermín. Era el único vínculo que lo unía con su pasado.

Ahora era un hombre con importantes cantidades de dinero, la mayoría en cuentas de bancos con sedes en paraísos fiscales. En estos siete años había creado un pequeño entramado de contactos en diversas partes del planeta, estos lo informaban de interesantes y lucrativos negocios para los que el fundamental requisito era disponer de dinero en metálico al instante, no hacer preguntas y no dejar constancia documental de la compra. Cuando uno de estos contactos le transmitía la oferta, si Fermín estaba interesado, le proporcionaba el dinero al instante y estos, además de ser los compradores, eran también los que transportaban la mercancía al lugar donde Fermín les pidiera. Una vez finalizada la operación, estos recibían un diez por ciento del valor de compra.

Ese negocio tenía un riesgo: que uno de sus contactos se quedase con el dinero y no hubiese compra. Era ciertamente un riesgo importante y como, hoy en día, todo está globalizado, Fermín contaba con un hombre que hacía funciones de asegurador de las operaciones. Por una cantidad importante al año, este hombre, de origen armenio y de nombre Arkan, le aseguraba las operaciones. Su *modus operandi* era sencillo: una vez lo contrataban, visitaba a los contactos de sus clientes y los informaba de que él se preocuparía de solucionar el problema si alguno no cumpliera. Era una amenaza velada que todos comprendían en su justa medida. Si, a pesar de ello, alguno caía en la tentación de estafar al cliente, él se hacía

cargo de recuperar el dinero, utilizando el método que considerase más oportuno. Luego lo devolvía a su legítimo dueño quedándose un diez por ciento de la operación invertida. Su cliente debía saber que, si él no conseguía recuperar la inversión, su cliente no recuperaría el dinero, pero el estafador se encontraría en el fondo del mar, con unos zapatos de cemento. Ese era el trato. Y en este negocio, todos conocían a Arkan.

Esa tarde lo llamó su contacto africano, se encontraba con unas personas en Sierra Leona que le ofrecían diamantes por un valor de cinco millones. El primer problema era que necesitaban vender el lote al completo y la oferta expiraba en veinticuatro horas. La estimación de su contacto sobre el valor del lote en mercado era de unos treinta millones. El segundo problema era el lugar inhóspito donde se encontraba.

Era esencial el tiempo. Sin dudarlo, llamó a Arkan. Este vivía en Berlín, donde tenía establecido su centro de operaciones, y concertó con él una entrevista en una población intermedia entre las dos ciudades. No era la primera vez que se reunían en esa localidad y en ese lugar concreto. Quedaron a las diez de esa misma noche. El lugar de reunión era un restaurante que dominaba perfectamente Arkan, asegurándose de ese modo la absoluta discreción del encuentro.

Cuando llegó, lo acompañaron a un reservado en el interior donde el armenio ya lo esperaba. Era alto, delgado y en su rostro se reflejaba que era un hombre de pocos amigos, aunque, al conversar, parecía que su aspecto no coincidía con su temperamento. Su voz era suave, sus modales de una educación exquisita y gustaba de escuchar y empatizar con su interlocutor, haciendo que este se sintiera cómodo. Era una fachada impresionante que en ocasiones había engañado momentáneamente a personas que cinco minutos después sangraban por las puñaladas recibidas. Se decía que le gustaba utilizar el cuchillo en la calle, pero en la intimidad, cuando el asunto se solucionaba sin prisas y en lugar seguro, era un amante del martillo.

Primero cenaron conversando de temas pasados. Al finalizar, pasaron a hablar de negocios. Fermín le expuso la situación. Arkan, además de asegurador, utilizaba sus contactos en todo el mundo para otro tipo de negocios. Como en esta ocasión.

—Resumiendo. Quieres que haga llegar a tu hombre cinco millones de dólares en metálico, antes de doce horas, a ese lugar perdido de la mano de Dios. Y que una vez este haya realizado intercambio, le asegure un viaje sin incidencias y seguro a Londres. ¿He comprendido bien?

—Perfectamente.

—Conoces mis condiciones. Te resuelvo el problema y tienes de plazo una semana para devolverme cinco millones de dólares, mas en este caso no será el diez por ciento que está estipulado en tarifa. Piensa que entran en juego intermediarios con los cuales yo tengo que negociar. En Sierra Leona conozco gente, pero son muy desconfiados y no puedes andarte con tonterías. Luego, el traslado sin incidentes a Londres también precisará de otros que se encarguen de esa tarea, y tampoco pertenecen a mi organización directamente.

—Todo eso lo tengo en cuenta.

—Dos millones.

—De acuerdo —contestó tras un pequeño momento de reflexión.

No era conveniente contestar dando la impresión de que esa cantidad era una nimiedad respecto a las ganancias que reportaría la inversión.

—En una semana entonces ingresarás siete millones en la cuenta establecida.

—Así será.

—Dame la dirección y el teléfono de tu hombre.

Arkan se levantó y salió. A los quince minutos regresó.

—Hecho. En dos horas tu hombre recibirá el dinero y en otras dos horas estará viajando a Londres.

Y cerraron el trato fumándose un habano. Fermín no había bebido prácticamente nada en la comida, rehusó también el licor

ofrecido después; tenía que conducir y en las autopistas alemanas te permiten correr, pero si te paran y das positivo en drogas o alcohol, se te complica la vida. Y él, siempre, y ante todo, quería pasar inadvertido. Mientras conducía en dirección a su casa, pensó en el dinero que esa operación le reportaría. Más de veinte millones limpios. Era uno de los negocios más simples que había cerrado en su vida.

Mañana se reuniría con Ernesto y lo informaría de todo, esperarían a que su contacto, una vez en Londres, vendiese esos diamantes a una empresa que los adquiriría sin muchas preguntas y que realizaría el ingreso en una cuenta establecida. Rápidamente, el contable e informático, como siempre, transferiría el diez por ciento de cinco millones de dólares, más una generosa prima a su contacto y otra de siete millones a Arkan.

Él mismo, tras el asesoramiento de Ernesto, abría las cuentas en los países que su empleado —así era como concebía la relación con Fermín en su interior— le proponía. Siempre cuentas numeradas, de transferencia automática en cualquier momento, tras legitimar la operación mediante código múltiple de seguridad. Eso significaba que cualquier operación de salida de fondos era necesario realizarla desde un ordenador, utilizando clave de acceso. Una vez conectado con el banco mediante esa clave, era necesario introducir un número secreto de seis cifras y luego contestar a una pregunta de verificación. Y la clave, el número secreto y la pregunta de verificación únicamente los sabía él. Ni siquiera Ernesto podía transferir desde las cuentas cantidad alguna.

Contaba para estas operaciones con un ordenador especial, situado en el despacho de su casa. Muchas noches, como si de un ritual se tratase, entraba en sus cuentas y, con una satisfacción inenarrable, veía lo rico que era. Aunque, a decir verdad, con lo que verdaderamente se divertía era con la realización de las operaciones. Era un hombre rico, sí. Podía comprar lo que le apeteciese, a su familia no le faltaba de nada. Pero esta noche, aunque la operación pareciese simple, a él la adrenalina lo había rejuvenecido. La

excitación interior que le producía mantener sus contactos en diferentes partes del mundo, realizar una operación de compra de oro a un tío con problemas en oriente y venderlo en occidente, prestar tres millones y recoger cuatro a los quince días, blanquearle a otro una cantidad y quedarse un veinte por ciento, tener el contacto de Arkan, vivir por un momento en otro mundo, el cual le está vetado a la mayoría de los mortales, lo hacía sentirse vivo. Eso era lo emocionante del juego al que le gustaba realmente jugar. Sentirse diferente al resto y, por un momento, salir de cualquier rutina y entrar en otro mundo.

Nunca traficaba ni entraba en ninguna operación relacionada con drogas, eso lo dejaba para otros. Él era una especie de banquero, mafioso o espía, entraba por un espacio de tiempo en el submundo, recogía los frutos de su inteligencia y volvía a la tranquilidad de Wiesbaden, a jugar por la mañana con sus gemelas a piratas, a la paz que le proporcionaba su mujer, a la barbacoa con una cerveza y a sonreír inocentemente a su vecino.

Tomó la salida de la autopista a nueve kilómetros de su casa, era tarde, tomaría la copa que rehusó a Arkan y se relajaría sentado en el jardín, comentándole a su mujer la mediación entre dos multinacionales que le requirieron para cerrar un negocio entre ambas. Mintiéndole, aparentando ser un simple representante de alta dirección.

Conducía por una carretera secundaria mal iluminada. Al fondo, parado en el arcén, se distinguían las luces de emergencia de un vehículo. Aminoró la velocidad y, al aproximarse, distinguió una autocaravana que ocupaba parte del carril. Un hombre mayor colocaba el triángulo de avería unos metros por detrás. Cuando llegó a su altura, el hombre le hizo gestos de que parase. Paró junto a él y bajó la ventanilla.

—¿Qué le ha ocurrido? —le preguntó en alemán.

Y el otro, por contestación, levantó el brazo y le disparó con una pistola que ocultaba en su mano.

La joven paró el taxi en la avenida de Francia. Antes de subir, le preguntó.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

—Tengo que ir a un *camping* situado en Moncófar, sé que es un poco tarde, ¿tiene usted algún inconveniente en llevarme?

El taxista, un hombre de cincuenta y cinco años, miró el reloj. Las veinte cuarenta. Pensaba terminar a las veintidós.

—Está un poco lejos, pero por mí no hay inconveniente. Lo que no puedo decirle es cuánto costará la carrera.

—Por eso no se preocupe.

—Pues suba.

Era otoño, la temperatura en Valencia seguía siendo muy agradable, pero el hombre calculó que en el *camping* únicamente quedarían, si había, personas con caravanas que utilizaban como residencia. Pero la joven era amable y no le produjo ninguna inquietud trasladarla.

—Lo que no sé es el lugar donde está situado exactamente ese *camping*.

—No se preocupe, cuando llegemos, yo le indico, pero no hay pérdida.

Tendría entre veinticinco y treinta años, dedujo observándola a través del retrovisor interior. Era morena y atractiva. La vio terminar de maquillarse; entonces se le ocurrió que podía ser una prostituta, aunque no una cualquiera. Tenía buen ojo para esas cosas, tanto tiempo trasladando a gente en su taxi le había hecho desarrollar una intuición para catalogar a sus clientes.

No tardaron en llegar más de media hora, como ella le dijo. Tras una simple indicación, llegaron a la puerta del *camping*. No estaba muy bien iluminado, tal como había pensado. Se ofertaban pequeños bungalós, también fuera de temporada, y al fondo se apreciaban caravanas iluminadas que daban la impresión de estar ocupadas todo el año.

Pagó la tarifa y le dio una generosa propina.

—¿Usted sería tan amable de venir a recogerme a las cuatro de la mañana?

—Pensaba terminar ahora.

—¿Podría proporcionarme el número de teléfono de algún compañero suyo que pueda venir a recogerme a esa hora?

Él meditó su respuesta unos instantes y al final se decidió.

—¿Tendría algún inconveniente, si la recojo yo mismo, en que me acompañase mi esposa?

—En absoluto.

—Pues yo mismo la recogeré. En este mismo lugar a las cuatro de la mañana.

—¿No se enfadará su mujer conmigo?

—No, señorita. No es la primera vez.

—Pues entonces nos vemos dentro de un rato. ¿Su nombre, por favor?

—¡Clarol!, Miguel.

Ya no tenía dudas, se trataba de una prostituta de lujo.

A las cuatro menos diez, el taxista y, al lado, su mujer llegaron a la entrada del *camping*. A los cinco minutos, salió la joven. La descripción que le había hecho a su mujer durante el trayecto seguía siendo acertada, era una chica muy guapa. A decir verdad, la palabra exacta fue deslumbrante. Lo continuaba siendo. Pero se notaba que llevaba varias horas trabajando y el estar menos arreglada pasaba a segundo plano. Ahora se la veía cansada. Con la sensación de que el pelo se lo había arreglado apresuradamente, sin maquillaje. Llegó a ellos y entró.

—Buenas noches, señor Miguel, señora —saludó—. Les agradezco sinceramente el esfuerzo de venir a recogerme.

—Quedamos así —afirmó el taxista.

—Sí, pero también me dijo que terminaba su turno. De verdad, gracias.

—¿Al mismo lugar donde la recogí?

—Sí, por favor—apoyó una mano sobre el hombro de la señora—. Sobre todo, a usted.

La mujer se giró encarándose con la joven.

—No se preocupe, nuestros hijos han volado de casa y no es la primera vez que lo acompaño. Parece cansada.

—Sí, lo estoy —y cerró los ojos.

La mujer la miraba; sintió pena por la joven. Tocó el hombro de su marido y, con un gesto, le pidió silencio. Nadie habló en todo el trayecto. Al llegar a su destino, la joven les dio como gratificación la misma cantidad del coste del servicio.

La llamada al ciento doce entró exactamente a las ocho y dos minutos. La voz de mujer le pareció a la operadora, como luego certificaron, perteneciente a una chica joven. Les indicó que en el *camping* El Gorrión, de Moncófar, en el bungalow número doce, un hombre había salido desnudo, les reprochó que no lo dejaran dormir y les ordenó silencio apuntándolos con una pistola.

El primero en llegar fue un coche de la Policía Local. La dueña del *camping*, que vivía en un chalé en la entrada, se encontraba regando unas macetas. Efectivamente, les dijo que en el número doce había un cliente. Se trataba de un hombre que lo había contratado dos días antes y al que, tras entregarle las llaves, no había vuelto a ver. También les indicó no tener conocimiento del incidente por el cual había llamado la mujer a emergencias. Tenía su lógica, dicho bungalow se encontraba en la otra parte del *camping*.

Los acompañó hasta él. Se trataba de una casita de madera prefabricada, de una sola altura, con un pequeño porche, en el cual, tras subir tres peldaños, se encontraba la puerta de entrada. Los agentes subieron, y mientras uno se disponía a llamar, el otro dio un vistazo por una de las ventanas

Una estancia rectangular a modo de comedor y al fondo, a la derecha, una cocina; a la izquierda, dos puertas que el agente calculó serían el dormitorio y el baño. No se equivocaba. Su compañero golpeó la puerta con los nudillos y la segunda vez, gritó: «Policía». Cuando tocaba por tercera vez, su compañero, que inspeccionaba

por la ventana el interior, vio sobre la mesa, junto a dos botellas, una pistola, e inmediatamente alertó a su compañero. En ese momento la puerta que supuso se trataba del dormitorio se abrió, salió un hombre desnudo, con paso vacilante, como si se encontrase en estado ebrio, caminó hasta el borde de la mesa y con lentitud cogió el arma por el cañón y la miró.

—Ha cogido el arma —le avisó en voz baja para que el hombre del interior no lo escuchase.

Ambos agentes desenfundaron sus respectivas armas. El que observaba a través del cristal apartó el cuerpo de la ventana mientras seguía observando. Su compañero se protegió apartándose del marco de la puerta, mientras con un gesto indicaba a la propietaria que se alejase. El hombre desnudo continuaba mirando el arma como si fuese la primera vez que veía una y, rápidamente, como si quemase, la ocultó bajo el cojín del sofá.

—Ha escondido el arma. Está desarmado.

Su compañero cogió el pomo y, para su sorpresa, cuando iba a repetir «policía», la puerta se abrió.

—¡No se mueva! —le ordenó entrando y encañonándolo—. No se mueva y levante las manos.

El hombre, desnudo, los miraba con expresión aturdida. Balbuceó unas palabras que ninguno de los agentes comprendió y, obedeciendo, levantó las manos. El segundo policía entró pegado a la pared para no estar en ningún momento en el ángulo de tiro de su compañero. Dio una rápida mirada al dormitorio, luego abrió la segunda puerta, miró el baño.

—Despejado. Aquí no hay nadie.

En ese momento entró un guardia civil.

—¿Qué pasa, chicos?

Antes de responder, ambos agentes cogieron al hombre, le dieron la vuelta y lo obligaron a apoyarse con ambas manos en la pared, entre la cocina y el sofá.

—Separe los pies y no se mueva.

Y mientras uno de ellos se quedó junto a él, el otro le hizo un gesto al guardia civil. Cuando se le acercó, levantó el cojín donde anteriormente había visto cómo ocultaba el arma.

—¡Ostras! —exclamó el guardia civil. Se dio la vuelta y desde la puerta gritó a su compañero, que se encontraba fuera—: Tráete una bolsa de pruebas.

—¿Dónde estoy? —habló por primera vez el hombre desnudo, o al menos, la primera vez que lo entendieron.

—Permanezca con las manos en la pared y ahora mismo estamos con usted —respondió autoritariamente el guardia civil.

Entró el otro agente de la Benemérita con unas bolsas de plástico. Se pusieron ambos guantes de látex y el primero cogió el arma, comprobó que tenía munición, pero no estaba montada, también el seguro, que no lo tenía, y movió la palanca para activarlo. Luego guardó la pistola en la funda de plástico y la cerró, y con cuidado se la entregó a su compañero.

—Esa arma no es mía —profirió a gritos el hombre, que permanecía apoyado en la pared.

Sin responderle, mientras los agentes de la local permanecían junto al sospechoso, rápidamente realizaron un registro del dormitorio y el baño. Cuando estuvieron convencidos de que no ocultaba otra arma, el guardia civil que había entrado primero tomó el mando.

—¿Cómo se llama? —le preguntó aproximándose.

—He sido secuestrado —exclamó—. Le digo que he sido secuestrado.

—Vale. Primero, tranquilícese, y por partes. ¿Cómo se llama?

—Ignacio Busola.

—Bien, Ignacio, ahora vamos al dormitorio, te vestes y luego continuamos. ¿Te parece?

—Sí.

—Y no te salgas de madre o te vestes con los grilletos puestos. ¿Me has entendido?

La habitación se encontraba con la cama totalmente revuelta, con su ropa tirada por el suelo. Junto a la mesita, una cubitera con

una botella de champán, y otra más, vacía, en el suelo; dos copas sobre la mesita, una de ellas volcada. Mientras, se vestía.

—Menuda fiestecita se montó anoche —le comentó con guasa uno de los locales.

—He sido secuestrado —repitió—. Y el arma no es mía —insistió.

—Bien, ¿me enseña su documentación?

Sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta, que ahora se encontraba sobre la cama, y le entregó un documento de identidad.

El agente anotó los datos en una libretita y se los entregó a su compañero, que salió al coche patrulla para pedir antecedentes.

—Le preguntaría si la pistola es suya y si la tiene en regla, pero es una pregunta absurda.

—No es mía. Y le repito, ¡dígame dónde me encuentro!

—¿Tan mal terminó anoche que no recuerda ni dónde se encuentra?

—Anoche me encontraba cenando en Wiesbaden, Alemania. Salí de cenar, no recuerdo muy bien qué me pasó, me encontré con un accidente y un hombre me pidió ayuda. Luego no recuerdo nada —repitió exasperado.

—Pues está un poquito lejos de Alemania, señor Busola —le respondió con cierto sarcasmo.

—Tiene que creerme.

—Soy poco creyente, se lo aseguro. De momento, nos acompaña al cuartel y continuamos hablando.

—¿Estoy detenido?

—Sí.

—¿No ha pensado, señor guardia civil, que puede estar cometiendo un error?

—Eso lo averiguaremos en el cuartel.

—¿De qué se me acusa?

—El arma encontrada tiene los números de serie raspados. Y por ahí, vamos mal.

Fue esposado y trasladado al cuartel. Lo mantuvieron dos horas en una habitación. Se encontraba aturdido, perplejo y la cabeza a punto de estallarle.

Era obvio que alguien le había tendido una trampa y, tras secuestrarlo, lo habían trasladado a España, pensó.

Habían quedado el día anterior para cenar; no obstante, su novio no apareció. No le dio mucha importancia y continuó estudiando, el examen para la oposición a la que se presentaba estaba muy cerca. A las dos se fue a dormir. Por la mañana, un amigo común que trabajaba con él la llamó por teléfono: Jorge no había ido a trabajar esa mañana y le preguntaba si ella sabía algo.

Que no hubiese acudido a su cita era una cosa, que no hubiese contestado a sus llamadas con lo despistado que era, otra, pero que no hubiese acudido al trabajo era preocupante. Se vistió y cogió las llaves que poseía de casa de su novio, tampoco ahora contestaba al teléfono. Con ellas accedió. Inmediatamente, vio el revuelo y se asustó. A él lo encontró tumbado, boca abajo, en medio del salón, rodeado de un gran charco de sangre cuyo epicentro era su cabeza. Se agachó y le tocó la cara llamándolo por su nombre desesperadamente. El contacto de sus manos con el rostro de él, esa sensación de tocar un cuerpo con el frío que únicamente produce la muerte sería algo que la joven recordaría toda su vida.

La investigación policial determinó que alguien, al menos dos personas, se encontraban robando cuando él llegó. Lo golpearon por detrás, en la cabeza. El joven presentaba un único golpe; este, mortal. Según el forense, el arma utilizada, y que no se encontró, era, con toda probabilidad, un martillo, y la fuerza con la que descargaron el golpe, terrible. Le había producido un agujero en el hueso parietal. Se determinó que su muerte había sido instantánea.

Habían entrado al apartamento a través de la ventana del baño, que daba a un patio de luces interior, y a este, desde el portal. Al tratarse de un primero, no les fue difícil escalar utilizando los an-

clajes de unas tuberías. La ventana presentaba daños producidos por una palanqueta.

En el dormitorio, sobre la cama, estaban colocadas dos cazadoras de piel que Jorge poseía, también unos vaqueros de marca, muy nuevos. Sin duda, la ropa que los ladrones seleccionaron para llevarse. Los cajones de las mesitas se encontraban totalmente abiertos y revueltos. En el comedor, la televisión y un equipo de música sobre la mesa. Este era, junto con la ropa, el botín que los dos ladrones pretendían llevarse, pero la llegada de Jorge desbarató sus planes. Suponían que ambos entraron en pánico tras darse cuenta de que lo habían matado y se fueron precipitadamente, pues olvidaron el botín seleccionado; ni le cogieron la cartera, en la que había trescientos euros, ni el reloj que portaba.

La novia realizó un examen ocular de la casa para intentar averiguar si faltaba algo y lo único que echó en falta fue otro reloj que su novio poseía. Tras mucho pensar, se acordó de la marca y, entre las fotos de un catálogo, señaló un modelo parecido.

Las marcas de zapatillas dejadas en la pared al escalar por los tubos determinaban que eran dos las personas que habían entrado. Una de esas huellas se encontraba también en el comedor, muy clara, pues había pisado la sangre que brotaba del cráneo y su rastro indicaba que, con toda probabilidad, también sería la del autor del crimen.

La hora que determinó el forense para su muerte coincidía con el tiempo transcurrido desde la salida del trabajo y la llegada a su casa.

Salieron por la puerta principal.

No pudieron encontrar ningún testigo entre los vecinos, y las cámaras visionadas en los alrededores de su domicilio no aportaron la imagen de los sospechosos.

Primero se centraron en investigar a delincuentes que trabajaban utilizando ese *modus operandi*, tanto si cometían sus robos solos, o con otro compinche. Dos nombres aparecieron inmediatamente, pero ambos tenían coartada muy sólida. Ampliaron la búsqueda a

otros delincuentes con perfiles parecidos. Alertaron a confidentes y chivatos para que estuviesen con los oídos atentos. Visitaron los lugares donde podrían intentar vender el reloj que, según la novia, faltaba para que lo comunicasen inmediatamente. En estos lugares, donde en ocasiones se mueven en el fino hilo entre legalidad e ilegalidad, fueron conscientes, de que, en este caso, no se trataba de un simple robo, y tomaron nota.

Y los investigadores estaban convencidos de que, en unos días, alguna información les llegaría. Pero en esta ocasión no fue así.

